

LIBROS

50

LETRAS LIBRES
MAYO 2012

Félix Romeo
• NOCHE DE LOS ENAMORADOS

Julio Camba
• MIS PÁGINAS MEJORES

Henry Kissinger
• CHINA

Antonio Tabucchi
• VIAJES Y OTROS VIAJES

David Brooks
• EL ANIMAL SOCIAL. LAS FUENTES
SECRETAS DEL AMOR, LA
PERSONALIDAD Y LOS LOGROS

Amélie Nothomb
• UNA FORMA DE VIDA

Michel Onfray
• FREUD. EL CREPÚSCULO DE UN
ÍDOLO



NOVELA

Último alarido



Félix Romeo
NOCHE DE LOS ENAMORADOS
Barcelona, Mondadori,
2012, 142 pp.

✎ RICARDO CAYUELA GALLY

Noche de los enamorados es un libro de difícil clasificación. Lo fácil en esos casos es meterlo en el cajón de sastre de la novela, pero en realidad se trata de algo distinto: la historia real de un exorcismo privado.

Félix Romeo pasó año y medio en la cárcel de Torrero en Zaragoza cumpliendo la pena que se le impuso por negarse a hacer el servicio militar. Joven escritor premiado por su primera novela, *Dibujos animados*, no entró a una cárcel. Entró a un agujero pestilente y negro, con inocentes con largas condenas y con culpables a punto de salir. El primer día en su celda fue el 14 de febrero de 1995, el día de los enamorados. Y en esa misma celda, ese

mismo día, por la noche, conoció a Santiago Dulong, quien le confesó que había estrangulado a su mujer, María Isabel Montesinos Torroba. Este hecho se le quedó enquistado en la cabeza hasta este libro. En 1998, trabajando como conductor del audaz programa de televisión *La Mandrágora*, se topó en Zaragoza a Dulong ya libre y este le dirigió un amago de saludo, un guiño de viejos camaradas. Tengo para mí que este segundo encuentro con el asesino confeso volvió a poner a Félix Romeo en la urgencia de investigar la historia para poder narrarla. *Noche de los enamorados* es la historia de esa investigación y la narración de los hechos descubiertos. Y también, en clave autobiográfica, la relación entre esa investigación y esos hechos y la vida y la obra de quien los investiga y narra, el propio Félix Romeo.

En el libro demuestra que Dulong maltrataba a su segunda mujer y que la estranguló hasta matarla tras dejarla inconsciente, y además, sin necesidad de decirlo explícitamente, que también había matado a su anterior mujer, hecho por el que nunca se le condenó. Pero, sobre todo, narra por qué esto no se reflejó ni en la prensa que informó del crimen, ni en el juicio que culminó con una condena ridícula: un año de prisión por imprudencia temeraria. ¿Por qué? Porque Isabel era una mujer sin protección ni familia, sin dinero ni suerte, alcohólica, exprostituta, criada en los confines africanos de España, que había conocido a su asesino y marido en el bar de alterne en el que trabajaba. Ningún familiar fue para identificar su cuerpo y a nadie le importó su destino ni su final. Los policías del barrio estaban hartos de acudir al domicilio conyugal, en la calle de Barcelona, ante las denuncias de gritos y malos tratos, y ya habían advertido que solo irían si había sangre, y el fiscal no investigó los miles de hilos sueltos que el crimen dejó y que habrían conducido a una condena diferente.

Para el juez era otro día más de trabajo. Lo mismo que para el forense, que advirtió que la rápida muerte de María Isabel se pudo haber debido al reducido tamaño de su glotis, problema común en personas con problemas de alcohol durante años, y no a la mano que la estranguló. La prensa de nota roja, como buena ave carroñera, pronto se desentendió del caso ante el poco atractivo de una historia de marginales. Y máxime si coincidió en el tiempo con un joven iracundo que decapitó a otro en la calle de copas de Zaragoza con una espada de samurái. De hecho, el juicio y la sentencia consistieron básicamente en convertir a la víctima en culpable: por puta, por alcohólica, por problemática. Y no de una manera voluntaria: pura inercia burocrática, pura indiferencia de los profesionales en lidiar con el dolor ante el dolor humano. Pura negligencia sin consecuencias para los infractores. Todos menos el asesino, que en su celda de Torrero, con sus gafas y sus manías de enfermo de la próstata, no tiene reparos en decir la verdad al joven insumiso Félix Romeo.

Limpia de toda grasa, *Noche de los enamorados* es literatura magra. Una historia pata negra. No hay nada que no tenga una relación directa con lo que se cuenta, incluidas las referencias a cómo esta historia ya había asomado sus pestilentes patas, transformada en ficción, en su segunda novela, *Discothèque*, y cómo, en cierto sentido, era una historia encriptada semejante a la de *Amarillo*, en donde Romeo narra el suicidio de su amigo, Chusé Izuel, en Barcelona, cuando compartían el piso y el sueño de ser escritores en la Ciudad Condal. *Noche de los enamorados* es también un libro sobre sus libros anteriores. No por ego de artista, sino por necesidad narrativa. Y porque es consciente de las consecuencias de los libros cuando tratan de la cruda realidad y las personas se ofenden o reclaman.

Cuenta que cuando publicó *Amarillo*: “habían transcurrido dieciséis años desde el momento de los hechos, el suicidio de Chusé Izuel, e hizo que eclosionaran miles de moscas. Todavía las estoy espantando. Sin mucho éxito.”

Noche de los enamorados narra también una parte desconocida de la historia de Zaragoza: Santiago Dulong, el asesino, era bisnieto del primer alcalde republicano (de la I República) de la ciudad. Y esta historia, también triste y decadente, acaba mal: nunca lograron hacerle una vindicación justa durante la II República y sus deudos vivieron y murieron en la pobreza. Además, Dulong fue toda su vida falangista y miembro de una cofradía católica desde su fundación en 1947. El documento cobarde, puro eufemismo, con el que la cofradía informa de la muerte de la esposa de su vicepresidente, Santiago Dulong, es otra de las gotas de horror helado del libro:

No queremos remover este hecho; simplemente queremos recordarte, porque eras asidua a los actos de la cofradía y siempre con tu marido, ahora después de esta separación terrena sabemos que te encuentras al lado del Padre Eterno disfrutando de la plenitud de su Compañía.

Y, sobre todo, *Noche de los enamorados* es una investigación sobre el sentido de las jergas y la inutilidad de las palabras policiales, jurídicas, históricas, periodísticas y literarias para perfilar la verdad: las mismas palabras que fueron incapaces de contar correctamente la historia de la muerte de María Isabel.

La tensión narrativa del libro nace de los sucesivos regresos que hace Romeo, en espiral, a la escena del crimen para ir ilustrando en la mente de los lectores los nuevos indicios que recoge tortuosamente, contra la voluntad de las partes y el olvido, contra la carencia de archivos

y leyes que permitan acceder a la información. Y en cada regreso, un elemento más del horror que vivió María Isabel el día que fue asesinada. Todo en un tono sincopado, de frases cortas y puntos y aparte. Por momentos, mezcla con maestría cómo se movía el Dulong preso, o lo que le dijo del asesinato, con la descripción más veraz a su alcance de la tarde del crimen:

Tras un tiempo indeterminado, aunque a mí Santiago Dulong me dijo en la celda que habían pasado diez minutos, quizá para seguir imponiéndose en su fanfarronería penitenciaria, se da cuenta de que María Isabel ya no se mueve.

Aterrorador.

Félix Romeo fue un defensor incansable de la libertad en sus textos de prensa. Un humanista disfrazado de ogro que creía en la dignidad de las personas. Con *Noche de los enamorados*, lanzó su último alarido contra el abuso, la infelicidad y la miseria moral. Un alegato ético contra la España negra. Una venganza contra el cobarde compañero de celda que una noche de los enamorados le contó sin remordimiento que había estrangulado a su mujer.

CODA

Félix Romeo me escribió el 9 de marzo de 2010 para pedirme que buscara un corrido mexicano en el que se hablara de la muerte como “la pelona”. Nunca supe para qué lo quería, pese a que nos vimos varias veces más en viajes míos a España e intercambiamos cientos de *e-mails*. Cuando me tropecé con el corrido en la novela, sutilmente hilado con la trama, como las escasas citas literarias y artísticas siempre de mujeres en situación de abuso o indefensión, toda la contención que había logrado tener para leer su libro póstumo se desquebrajó. Pero esto, ¿a quién carajos le importa? —

ANTOLOGÍA

El eslabón perdido



Julio Camba
MIS PÁGINAS MEJORES
Prólogo de Manuel Jabois
Logroño, Pepitas de Calabaza, 2012,
304 pp.

XAVIER PERICAY

Ignoro si Pepitas de Calabaza ha logrado ya encontrar a los herederos de Julio Camba o, lo que es lo mismo, si esos supuestos herederos, siguiendo el requerimiento editorial, se han puesto ya en contacto con la gente de Pepitas para formalizar la cesión de derechos, pero a mí ese paréntesis que acompaña el *copyright* de la reciente reedición de *Mis páginas mejores* se me antoja de lo más significativo, en la medida en que presenta al autor del libro como lo que realmente es hoy en día: una rara avis, alguien sin un antes ni un después, un verdadero eslabón perdido en las letras hispánicas. Tan perdido, que ni siquiera la conmemoración de los cincuenta años de su muerte ha traído ni va a traer, que yo sepa, los frutos más o menos enjundiosos que suelen conllevar, en otros casos, semejantes efemérides. No habrá, pues, seminarios, jornadas o congresos, ni exégesis, ensayos o compilaciones. A lo más, alguna reedición de un libro suyo, como el que hace al caso, o algún que otro artículo esforzado y medianamente certero, entre los que aspira a inscribirse la presente reseña.

Puestos a recordar a Julio Camba mediante la exhumación de alguno de sus libros, no hay duda que la elección de *Mis páginas mejores* constituye un acierto. Por su carácter antológico, lo que permite acercarse a su obra a través de un amplio muestrario —115 artículos representativos de casi todas las épocas de su producción periodís-

tica—, y porque la selección, tal y como reza el posesivo del título, está hecha por el propio autor, lo que no había sido siempre el caso en volúmenes anteriores. Sí lo fue, en cambio, en 1956, que es cuando se publicó por primera vez el libro, en la colección “Antología Hispánica” de Gredos. Por entonces, Camba cargaba ya con 72 años y más de medio siglo de periodismo. O sea, con razones bastantes para hacer de esa antología un destilado de su modo de ver el mundo y de ejercer el oficio. De ahí que tanto la selección en sí como el texto con que decidió introducirla y justificarla merezcan ser tenidas muy en cuenta.

La selección, ya se ha dicho, abarca un periodo amplísimo —de 1907 al mismo año de aparición del volumen—. Y responde, en palabras del propio Camba, a la voluntad de establecer “una cierta relación orgánica” entre los artículos, a fin de que el lector pueda hacerse “una idea exacta de cómo ha ido formándose, a través del tiempo y sus vicisitudes, la mentalidad y el estilo con que hoy anda uno por el mundo”. Por supuesto, semejante propósito puede considerarse inherente al género y aplicable, por consiguiente, a todo escritor puesto en el trance de seleccionar, en el ocaso de su vida, los fragmentos más significativos de su producción. ¿Qué es, pues, lo que caracteriza a *Mis páginas mejores*, lo que distingue esa antología de las demás y convierte a su autor y antólogo en uno de los más grandes escritores españoles del siglo xx? Unas cuantas cosas, a mi juicio.

Por un lado, el que esa mentalidad se haya ido formando a ras de suelo. O sea, a través del periodismo, lo que equivale a decir que ha obedecido a la intención primera de contar lo que ocurre en un tiempo y lugar determinados. Luego, el que ese tiempo haya sido tan asombroso y desquiciado como lo fue, para un europeo, la primera mitad de la pasada centuria. Luego, aún, el que ese lugar haya sido el mundo, lo mismo el viejo que el

nuevo, y muy particularmente, dentro del primero, España. Pero no España como espacio, que también, sino sobre todo como referencia constante —moral, incluso—. Uno no puede hablar, en puridad, de las grandezas y miserias de lo propio si no dispone de un término de comparación más o menos homologado, y Camba lo tenía. Es más, a lo largo del primer tercio de siglo xx —en realidad, hasta la misma Guerra Civil, cuyo comienzo lo pilló en Lisboa procedente de Londres, a donde lo había enviado Manuel Chaves Nogales meses antes para que narrase en las páginas de *Ahora* las vicisitudes de la política británica—, pasó mucho más tiempo fuera de España que dentro. Estuvo en Constantinopla, Londres, París, Berlín, Portugal, Italia, Suiza y Estados Unidos, y en algunas de estas ciudades y países, en más de una ocasión. Por eso, en justa correspondencia, dos tercios de la presente antología retratan a ingleses, franceses, alemanes, suizos, yanquis, italianos o portugueses. A sus tipos, a sus costumbres, a sus creencias. Y por eso también esos retratos aparecen casi siempre encajados en una especie de *passé-partout* de ribetes hispánicos, como si esa peseta que iba por el mundo en busca de aventuras no pudiera olvidar en ningún momento su triste condición ni su miserable valor.

Lo cual no excluye que la España de entonces tenga a su vez su crónica en el libro. La tiene la Galicia natal de comienzos de siglo, evocada en tono agridulce, en consonancia quizá con la naturaleza misma del sujeto. Y la tiene la España de la Restauración y la dictadura primorriverista, tan proclive a la farsa, así como la de la Segunda República, donde la crónica alcanza, sin duda alguna, los tintes más dolientes y corrosivos. Pero todo ello no bastaría para hacer de Camba un enorme escritor si no llevase asociado un estilo único, excepcional. Un estilo que es, en gran parte, el resultado de un método, perceptible ya en los escritos más tempranos del

periodista. Consiste, esencialmente, en proyectar un análisis frío, científico, racional sobre la realidad observada. Y en reproducir luego paso a paso, en el artículo mismo, el razonamiento a que el análisis precedente ha dado lugar, de modo que el lector pueda recorrerlo por su cuenta y, en definitiva, compartirlo. Por supuesto, en la medida en que la realidad observada es la que es —a saber, algo magmático, inaprensible, incompleto, contradictorio, empezando por el propio ser humano—, los frutos de ese razonamiento serán a menudo sorprendentes y paradójicos, cuando no absurdos —como la vida misma, al cabo—. De ahí el humor de Camba, que tantos malentendidos ha provocado, aunque solo sea porque ha velado lo que de serio y trascendente tienen casi todos sus artículos.

Hace cosa de una década, Arcadi Espada se preguntaba a qué obedecía la singularidad de los artículos de Camba. Y, tras darle algunas vueltas, aventuraba la hipótesis de que saliera, principalmente, de la prensa extranjera, del trato continuado con la prensa extranjera. Es muy posible. Ningún español de su tiempo habrá gozado de ese privilegio tanto como él. Con todo —y sin que ello deba entrar en contradicción con la hipótesis anterior—, yo creo que esa excepcionalidad de Camba guarda relación con su individualismo feroz, con ese anarquismo de su juventud que fue matizando con el tiempo y que, aun así, nunca abandonó. O sea, con su autodidactismo, que le llevó a desconfiar, por principio, de toda forma de cultura heredada. Acaso porque lo que le ofrecía la suya dejaba mucho que desear. O acaso porque, tal y como afirmaba él mismo en esa arte poética particular que es “Sobre el arte rupestre” —incluido en *Sobre casi todo* y también en la presente antología—, cuando uno “se coloca hoy ante un peral” lo más que ve es “un peral deformado por la cultura”. Es decir, “una sombra, un monstruo de peral”. —



ENSAYO

Diplomacia e historia



Henry Kissinger
CHINA
 Traducción de Carme Geronès y Carles Urritz, Barcelona, Debate, 624 pp.

✎ **JULIO CRESPO MACLENNAN**

El auge de China como gran potencia con aspiraciones a la supremacía económica mundial quizás nunca habría tenido lugar sin la histórica visita de Nixon a Mao Tse Tung, en 1972, con la que este país comenzó a abrirse al mundo. Por esta razón un libro sobre China, escrito por uno de los principales responsables de este encuentro, que además ha viajado cincuenta veces al país en las últimas décadas y ha seguido su evolución muy de cerca, merece especial atención.

Este es un libro sobre la historia contemporánea de China y sus relaciones con Estados Unidos, y está escrito para el público estadounidense, pero por razones obvias tiene mucho interés para el lector de cualquier otra parte del mundo, muy especialmente el europeo, que tiene preocupaciones muy similares a las del norteamericano ante el auge de China. El libro se centra en los últimos sesenta años, pero, como historiador que fue antes de entrar en política, Kissinger remonta su análisis a la antigüedad, y explica la difícil relación que mantuvo la antigua civilización, tan orgullosa de sí misma, con Occidente. Desde la llegada de Mao Tse Tung al poder, este se propuso que China alcanzara la supremacía mundial y dejara definitivamente atrás la época en que había sido víctima de la expansión occidental por el mundo. Unas décadas después, iba a comenzar a recoger el fruto de su empeño.

Kissinger ya ha descrito y examinado pormenorizadamente el desarrollo de la cumbre entre China y Estados Unidos que tuvo lugar en 1972. Lo novedoso de este libro es que lo hace desde el lado chino, y con la perspectiva histórica que aportan las cuatro décadas que han transcurrido desde entonces. A pesar de que no puede ocultar el orgullo de haber contribuido a que se hiciera realidad, Kissinger también argumenta que el acercamiento entre China y Estados Unidos habría tenido lugar tarde o temprano y bajo cualquier liderazgo, pues, según el autor, tanto por razones internas como por sus intereses geoestratégicos, a los dos países les venía bien una alianza frente a la Unión Soviética. No entra a considerar la posibilidad de que este encuentro fuera un gran error estratégico, como argumentan algunos historiadores, y que si China y Estados Unidos no hubieran forjado una alianza, quizás el país asiático habría acabado enfrentado contra la Unión Soviética, lo cual podría haber beneficiado la posición de Estados Unidos y sus aliados, y probablemente China no sería ahora un rival económico tan poderoso. El antiguo secretario de Estado insiste en que su gobierno hizo lo mejor para los intereses norteamericanos y los del resto de Occidente, y no cabe duda de que la política de Estados Unidos hacia China ha estado condicionada por las pautas marcadas durante la administración del presidente Nixon.

Con respecto a la preocupación que provoca en Occidente que una dictadura totalitaria se convierta en la primera potencia económica, Kissinger no parece compartirla. En primer lugar insiste en que, a pesar de que China pueda llegar a convertirse en la economía más grande del mundo, su nivel de vida está muy lejos del de los países desarrollados, y además se va a enfrentar a un grave problema demográfico en las próximas

décadas: una población cada vez más envejecida que ralentizará su crecimiento económico a largo plazo. Tampoco espera la liberalización ni grandes cambios políticos en el país, aunque en este aspecto el análisis del autor es menos fiable: lleva varias décadas relacionándose directamente con los líderes chinos y su elite política, pero no ha prestado ninguna atención a la oposición al régimen y a sus disidentes. Kissinger tiene mucha autoridad para hablar sobre la política exterior china y las aspiraciones de su elite política, pero no tanto para interpretar los anhelos del pueblo chino en su conjunto.

Frente a las aspiraciones de hegemonía mundial de China, Kissinger recomienda aplicar la misma teoría realista de las relaciones internacionales que inspiró su etapa al frente de la diplomacia estadounidense, que se basa en defender el equilibrio de poder por encima de cualquier otra consideración y en no dejarse llevar por cuestiones ideológicas. La ideología y los principios siempre han ocupado un lugar secundario en la diplomacia kissingeriana, pues por encima de todo deben estar los intereses geoestratégicos. Por esta razón Kissinger considera acertada la política estadounidense de las últimas décadas con respecto a China, que ha mantenido una relación cordial con sus mandatarios sin poner mucho énfasis en la denuncia de los derechos humanos, o en presionar excesivamente a sus líderes para que liberalicen su sistema. Ante las matanzas de Tiananmen, considera que la actitud del presidente George Bush fue muy acertada, castigando a China con sanciones por su represión a nivel oficial, pero a la vez enviando cartas privadas a su líder, pidiendo disculpas por la dureza y utilizando a emisarios para limar asperezas entre los dos países.

Kissinger advierte que si el gobierno de Estados Unidos insiste en hacer de la democratización la condición *sine qua non* para que

avancen sus relaciones con China, el resultado inevitable será que estas se tensarán y los intereses estadounidenses se verán seriamente perjudicados. Esta reflexión no solo está motivada por su larga experiencia diplomática como defensor de la *realpolitik* sino también por sus conocimientos como historiador. China es una antiquísima civilización que durante siglos se consideró el centro del mundo, y por ello siempre se ha resistido a cualquier intento de Occidente de propagar sus intereses o sus principios en su territorio. Además —añade el antiguo secretario de Estado—, en Asia, mucho más que en Europa, actualmente la soberanía nacional se considera sagrada, por lo tanto toda estrategia que pueda interpretarse desde China como una imposición occidental o una injerencia será rechazada con contundencia y podría tener graves consecuencias.

Por todas estas razones, Kissinger aboga por una estrategia ante China que se base en mantener una buena relación por encima de diferencias ideológicas. Con el fin de que prime la estabilidad política, propone crear una nueva Comunidad del Pacífico, en la que participen una amplia coalición de países, con objeto de velar por la seguridad y la estabilidad. Kissinger también está convencido de que una Comunidad del Pacífico liderada por China y Estados Unidos sería la mejor forma de proteger los intereses mutuos de estas dos potencias. Sin embargo, el gran problema es que una Comunidad del Pacífico sería muy distinta a la Comunidad del Atlántico, tan beneficiosa para Estados Unidos, pues a diferencia de esta los países que podrían formar parte de ella no comparten ni una cultura ni una ideología, y persiguen objetivos muy distintos que no siempre son compatibles. Sin embargo, el viejo secretario de Estado se deja llevar por la nostalgia de los momentos en que China y

Estados Unidos, en un contexto internacional muy adverso, lograron superar las muchas diferencias que les enfrentaban y forjaron una gran alianza estratégica. Por todo ello insiste en que, de la misma forma en que China y Estados Unidos hicieron temblar al mundo con su alianza en 1972, pueden contribuir ahora a levantarlo.

Al lector europeo este libro lo dejará algo preocupado. Mucho me temo que, si esta Comunidad del Pacífico liderada por China y Estados Unidos se hace realidad, el mundo que estas dos potencias pretenderán levantar no va a tener muy presentes los intereses de la vieja Europa; pero, en cualquier caso, el libro de Henry Kissinger constituye una notable aportación al entendimiento sobre el gigante chino, que debe ser tenida muy en cuenta. —



NARRATIVA

Último trayecto del viajero metafísico



Antonio Tabucchi
VIAJES Y OTROS VIAJES
Traducción de Carlos Gumpert, Barcelona, Anagrama, 2012, 272 pp.

JAVIER APARICIO MAYDEU

Poco antes de que emprendiera su último viaje, el de la laguna Estigia, Antonio Tabucchi (1943-2012) publicó su último libro, que no por casualidad se titula *Viajes y otros viajes*. El libro recopila textos nacidos de sus múltiples travesías por el mundo, del Mediterráneo y la vieja Europa —con Portugal, sabido es, como lugar privilegiado— a la India exótica, la remota Australia, la Kioto caligráfica o El Cairo de los humeantes cafés con Naguib Mahfuz. Con sobrada razón se acostumbra decir que Tabucchi es

en realidad un viajero de los paisajes del alma, y que los territorios que recorre no son en realidad los de la geografía física, sino los de la geografía humana, los del azar de la existencia abstrusa de unos hombres que caminan con tiento por la cuerda floja del equilibrista, entre el abismo del fracaso y el abismo de una suerte de victoria desvaída.

Los cuentos *filosóficos* de *Pequeños equívocos sin importancia* (1985) nos condujeron a la Toscana, a la Riviera y a Bombay y Lisboa, dos lugares esenciales en la obra del autor italiano que más hizo por la obra de Pessoa, que tradujo con devoción y a cuyo entorno cultural dedicó su obra más celebrada y más traducida, *Sostiene Pereira* (1994) —el drama del hombre libre contra el totalitarismo en una Europa de 1938 fatalmente amenazada, de algún modo un nuevo *Libro del desasosiego*—. En *Nocturno hindú* (1984), quiso convertir la India en el apacible *locus amoenus* en el que el ser humano observa, desde ventanas de hotel, la encrucijada en la que convergen el mito y la supervivencia del espíritu entre gnósticos, jesuitas, profetas y *hommes d'affaire*.

A esa India le dedica por entero la tercera parte de *Viajes y otros viajes*. Escarba en su pasado portugués paseando por Goa —la ciudad del abate Faria, el amigo revolucionario de Chateaubriand—, en la que su admirado barroco colonial yace enterrado en la gran urbe oriental. Visita con el lector Bombay y sus alrededores con las páginas del clásico del navegante Pierre Loti y de *Pasaje a la India* de Forster en sus manos —textos fundamentales para entender el funcionamiento de los vasos comunicantes que relacionan la idiosincrasia del imperio colonizado con la naturaleza un tanto engegucida de los imperios colonizadores.

Sus viajes siempre son una lección de humanidad o un ejemplo de exploración ilustrada. Mira con los ojos de la literatura o del arte

los paisajes que recorre, que muchas veces evocan la desaparición o la muerte, como sucede sobre todo en *Réquiem* (1991) —su desfile de ausencias por la ciudad de Lisboa— o en *Tristano muere* (2004) —su agorera poción de memoria, sueño y delirio—. Esa querencia por el lado oculto de las cosas, por el reverso del mundo y por su pasado, lo ha hermanado con la pintura metafísica de De Chirico y con los textos de Gadda.

Tabucchi indaga qué historia se oculta detrás de un monumento, cómo fue la vida del autor, quién y por qué pasó por ahí, el rol de un cardo en una naturaleza muerta o de la ballena en Conrad y Melville, las razones por las que las ciudades literarias —de Madaragal a Sète y Cambrai— se convierten en las *ciudades invisibles* calvinianas, el amor funesto como leyenda en *La dama de Porto Pim* (1983) o para qué sirve un arpa con una sola cuerda en *Se está haciendo cada vez más tarde* (2001) —su tratado de amor, soledad y crepúsculo—. Finalmente, en los textos publicados en diarios que se recogen en su último libro, establece genealogías impensables: los axolotls de *Final del juego* de Cortázar con un jardín barroco de París o el canto de los grillos verdes y el *Vía Crucis* del escultor leproso en Congonhas do Campo, Brasil.

En “Atlas” se aviene a confesar que su pasión por la literatura nació de su lectura de *La isla del tesoro*, por lo que el lector comprende que no resulte del todo insólito que Tabucchi convierta sus viajes en literatura misma y guste más de la llegada que del trayecto, pese a que en *Conversaciones con Antonio Tabucchi*, de su traductor Carlos Gumpert (Anagrama, 1995), asegura que jamás ha

realizado un viaje para escribir sobre el mismo. Siempre los he hecho para vivirlos, nunca para escribir sobre ellos. Jamás tomo notas cuando estoy de viaje. Me

fío tan solo de lo que permanece en la memoria.

De ahí que Tabucchi se asocie al viaje de un modo distinto a como relacionamos con el mapamundi a autores como Paul Theroux, Claudio Magris o W. G. Sebald. Un título como *¿Qué hago yo aquí?*, del mítico Bruce Chatwin, nunca podría bautizar una obra del autor de *La cabeza perdida de Damasceno Monteiro* (1997). Los viajes de estos autores tienen un origen y alcanzan un final al que llega el lector; los de Tabucchi, en cambio, parten de un lugar pero se pierden para siempre jamás por el laberinto del conocimiento. Sus lectores saben que no hay antídoto para el veneno que inoculan, que no es otro que el bendito síndrome de Stendhal, que en su caso afecta por igual a quienes disfrutaron de los chiles de México o de los versos de Machado.

Como sostuvo Pereira, es probable —porque el tiempo envejece deprisa— que don Antonio Tabucchi sintiera al dejarnos “una gran nostalgia de una vida pasada y de una vida futura”, pero “después se puso la chaqueta y pensó que era la hora de regresar a su casa”. No volverá, pero le echaremos en falta. —



DIVULGACIÓN

Entre la Ilustración francesa y la Ilustración británica



David Brooks
EL ANIMAL SOCIAL.
LAS FUENTES
SECRETAS DEL AMOR,
LA PERSONALIDAD Y
LOS LOGROS
Traducción de Joan Soler,
Barcelona, Ediciones B,
2012, 512 pp.

DANIEL CAPÓ

Convertido, gracias a su columna de *The New York Times*, en uno de los analistas más destacados de la

actualidad, el periodista David Brooks ha coqueteado con el ensayo sociológico desde que publicó hace una década su aclamado *Bobos en el paraíso* (Mondadori, 2001), donde acuñó el concepto de “bourgeois bohemians” (burgueses bohemios) para definir el modo de vida de las élites urbanas de los Estados Unidos. Representante del más puro moderantismo conservador —una actitud política en la que no cabe ningún exceso partisan—, el interés de Brooks por la educación y la ciencia como resortes morales del progreso viene de antiguo. En *El animal social. Las fuentes secretas del amor, la personalidad y los logros*, el autor rastrea los avances más recientes en campos como la neurociencia, la economía conductista o la psicología evolutiva, buscando extraer las implicaciones sociales y políticas de lo que él denomina *nuevo humanismo*:

Los estudios científicos más recientes [se lee en la introducción del libro] revelan la preponderancia de las emociones sobre la razón pura, de las conexiones sociales sobre la elección individual, del carácter sobre el coeficiente intelectual, de los sistemas emergentes sobre los mecánicos y lineales [...] Dicho en términos filosóficos, la Ilustración francesa, que enfatiza la razón, pierde; la británica, que ensalza los sentimientos, gana.

Capítulo tras capítulo, *El animal social* pretende demostrar que el fiasco de la agenda política actual se relaciona con una falsa percepción de la naturaleza humana. ¿A qué se debe el fracaso o el éxito de determinados grupos sociales?, inquiriere el autor. ¿Cuáles son las claves que facilitan la adaptación al mundo moderno? ¿Qué papel deben jugar los poderes públicos? En respuesta a estas preguntas, David Brooks no aboga ni por el individualismo salvaje ni por

un estatismo a ultranza, sino por el refuerzo del sentido de comunidad y por un modelo educativo que enfatiza habilidades no cognitivas como el autocontrol, la disciplina o la capacidad de interacción personal.

El animal social, sin embargo, adolece de una estructura poco consistente. No sabemos, de entrada, si hablamos de una novela de tesis o de un ensayo con recursos narrativos de ficción. Los protagonistas son una pareja, Harold y Erica, a los que seguimos desde su nacimiento hasta su muerte. Ambos responden a evidentes prototipos. Hijo de una familia de clase media-alta, Harold ha sido educado en la zona cero del privilegio: padres modélicos, colegios de élite, vacaciones en Europa... Tras los previsibles titubeos de la adolescencia, Harold llegará a ser, en su vida adulta, una especie de *alter ego* del propio Brooks: un analista político culto y sofisticado que trabaja para *think tanks* y que escribe ensayos morales sobre la Ilustración británica. Erica —con quien Harold se casará más adelante— procede de un entorno mucho más difícil: una familia desestructurada —medio china, medio mexicana—, que sobrevive a duras penas en un barrio marginal. Con gran esfuerzo por su parte —y también gracias al proyecto piloto de un colegio concertado que apuesta por la disciplina y el rigor—, Erica logrará convertirse en una exitosa mujer de negocios e incluso en secretaria de Comercio de la administración norteamericana. A través de las vicisitudes de ambos personajes, David Brooks reflexiona en forma de ensayo sobre la educación, el matrimonio, la ambición, el carácter o el Estado del bienestar, siempre desde la perspectiva de la literatura científica más actual. Como opción literaria, sin embargo, el éxito del experimento es dudoso, el autor carece de pericia narrativa. Harold y Erica son figurantes de cartón piedra que caen con frecuencia en el estereotipo.

Dicho esto, el esfuerzo ensayístico y divulgativo de *El animal social* no es desdeñable y haríamos mal si obviáramos su importancia para el hombre de hoy.

La idea nuclear de David Brooks reside en la primacía de lo no cognitivo sobre lo meramente racional. No, no se trata de una lectura *à la Freud* de la realidad contemporánea. Como el Nobel de Economía Daniel Kahneman ha demostrado en su fascinante *Pensar rápido, pensar despacio* (próximamente en Debate), el peso de nuestras decisiones depende básicamente de un conjunto de impulsos intuitivos, de la carga genética, hábitos, prejuicios y normas sociales que a menudo no sabemos, ni podemos, controlar. Otro premio Nobel, el economista James Heckman, ha estudiado la trascendencia de los primeros cinco o seis años de vida en la posterior habilitación académica y social de los ciudadanos. No se trata, por tanto, de una serie de conocimientos adquiridos a edades tempranas —la lectoescritura, por ejemplo—, sino de otro tipo de competencias como la seguridad en uno mismo, la persistencia o la capacidad de diferir en el tiempo la gratificación. En ese sentido, Brooks recomienda transformar los valores culturales de los sectores más desarticulados de la sociedad con políticas precisas de apoyo a la familia y a la comunidad. La cultura cuenta, como diría Roger Scruton, pero sobre todo la grupal, la comunitaria, la que se despliega en libertad y en colaboración con los demás.

“Muchos de nuestros problemas —declaraba recientemente David Brooks— son consecuencia de un capital social insuficiente [...] Para solucionarlos, es necesario construir densas redes sociales que no traten a los ciudadanos como meras máquinas racionales que responden en exclusiva a incentivos económicos.” *El animal social* se lee, de hecho, como una gran

apuesta por la tradición moderada del conservadurismo. Se puede pensar que el hombre es un ser aislado e individual, pero no es cierto. Se puede creer que la historia, las instituciones o la esfera moral en la que nos movemos no cuentan, pero eso tampoco es cierto. Al contrario: la confianza mutua, los proyectos compartidos y el escepticismo hacia las promesas utópicas del Estado y de sus demagogos son indicadores mucho más fiables de la buena salud de una sociedad. Esa especie de teoría de la cordura –en que consistiría el ideal ilustrado de un Burke o de un Hume– es la lección última que nos ofrece David Brooks, en una obra cuyas manifiestas imperfecciones formales no le restan ni un ápice de actualidad. –



NOVELA

Epístolas tramposas



Amélie Nothomb
UNA FORMA DE VIDA
Traducción de Sergi Pàmies, Barcelona, Anagrama, 146 pp.

MA ANGELES CABRÉ

Antón Chéjov mantuvo una abundante correspondencia con sus amigos y con unos cuantos escritores de su tiempo, como es el caso de Gorki (jugoso epistolario que ha sido recientemente publicado por Editorial Funambulista). Más de cuatro mil cartas se le atribuyen y abarcan doce de los treinta tomos que componen la edición rusa de sus obras completas. De mismo modo, Amélie Nothomb algún día podría compendiar su obra epistolar en gruesos volúmenes que embelesarían a sus más encendidos fans. Pero los destinatarios de sus misivas no serán ni escritores ni

amigos –ni siquiera amigos escritores–, sino lectores, simples lectores que alguna vez cayeron en la tentación de escribirle una carta a esa gráfomana llamada Amélie Nothomb (que en la actualidad está escribiendo su septuagésimo cuarto manuscrito –aunque solo ha publicado poco más de una veintena–), renuente a la informática y para quien el *e-mail* no es más que un invento del diablo.

Cuando en 1992 publicó la pequeña obra maestra que fue su primer artefacto narrativo, *Higiene del asesino*, Nothomb se ocupó de hacer saber que contestaba todas las cartas que recibía. La correspondencia empezó, pues, a lloverle torrencialmente a la sede de Albin Michel, su editorial para el mundo francófono. No quiero ni imaginar esos montones de sobres manoseados por los carteros de medio mundo, que al parecer a raíz de la publicación de *Una forma de vida* –ahora explicaré por qué– se multiplicaron, cuando la intención de la novela era precisamente la contraria: que dejaran de llegar.

Todos esos sobres tienen una cosa en común: van dirigidos a Mlle. Nothomb (desde ahora Mme. Nothomb, el *mademoiselle* ha sido erradicado por sexista, y con toda la razón), 22 rue Huyghens, 75014 París, cerca del bulevar Raspail, en pleno Montparnasse; doy el dato por si alguien se anima a engordar aún más la saca en cuestión, aunque imagino a Nothomb torciendo el gesto y acordándose de cada uno de mis antepasados. “No sé por qué razón contesto las cartas que recibo. No estoy buscando nada ni a nadie. Aunque pueda llegar a apreciar que me hablen de mis libros, está lejos de ser el único tema que alimenta esas misivas”, admite. ¿Nos hallamos ante una variante algo patológica de la epistolografía, destinada a suplir horas de trato personal, a todas luces más invasivo? “Raros son los seres cuya compañía me

resulta más agradable de lo que sería una carta –suponiendo, claro está, que poseyeran un mínimo de talento epistolar.”

Interés epistolar que sí le despiertan las cartas que según nos cuenta en *Una forma de vida* comienzan a llegarle el 18 de diciembre de 2008 y que remite desde un Bagdad en guerra el soldado norteamericano Melvin Mapple, quien lejos de solicitar una dedicatoria o algo similar pide “comprensión”. Al escepticismo inicial, respuesta cordial incluida, sigue un largo epistolario que es muestra evidente de una confianza casi ciega, que recuerda a aquella Mme. Nothomb que a la primera carta de un lector, en sus albores como novelista, respondió añadiendo su dirección y teléfono personales. Confianza que se revelará a lo largo del libro no solo excesiva, sino clave en el misterio que encierra el intercambio epistolar (toda pieza de Amélie Nothomb revela al cabo un secreto, pues sus libros están escritos con la progresión diacrónica propia de la intriga).

Es sabido que los personajes de Nothomb no suelen ser unos adonis: desde el gordo seboso protagonista de su primera novela hasta la flaca, flaquísima de *Diccionario de nombres propios*, el muestrario de físicos extremos haría las delicias de cualquier museo de la fealdad. Melvin Mapple viene a engrosar esa lista: “Cuando reúno el coraje suficiente para mirarme al espejo, me obligo a superar el horror que me inspira ese reflejo [...]” A riesgo de destripar la trama, no diré a qué modalidad extrema pertenece el tal Melvin, aunque sí revelaré que ese trastorno está íntimamente relacionado con otros títulos de la autora.

Dicho esto, a medida que avance la correspondencia, iremos conociendo a qué obedece su desorden e iremos viendo igualmente en qué medida Nothomb lo reconforta en su rareza, hasta que la solicitud de una fotografía precipita el desenla-

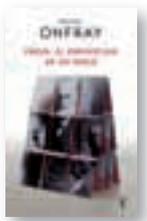
ce. ¡Cuán lejos estamos de imaginar lo que es capaz de hacer esta madrina de guerra por su soldado! Pero no, no se imaginen a una nueva Marilyn Monroe confraternizando con las tropas. De hecho, las cartas enviadas por el soldado Melvin Mapple jamás existieron en la realidad, aunque posean la cualidad cautivadora de parecer reales, y tampoco es ahí donde reside el quid que solo al final se nos revela.

A riesgo de rebatir a buena parte de la crítica francesa, que ha querido ver en *Una forma de vida* uno de los grandes títulos de Nothomb, diré que no lo es ni por asomo, aunque resulte una lectura, como todas las suyas, altamente estimulante. O dichos sabiondillos han pecado por exceso en el ensalzamiento de los valores patrios (y una belga afincada en Francia es una francesa, sobre todo si se llama Amélie Nothomb) o se han tomado en serio esa chorrada de que la crítica literaria no es una ciencia exacta (no lo es, pero debiera aspirar a serlo).

Modestamente diré que quien esto firma le sigue los pasos a Nothomb desde sus inicios como un piel roja a un bisonte, por lo que puedo afirmar que lo que sí supone *Una forma de vida* es un significativo paso adelante en su trayectoria: mientras que antes la autora se nos había presentado en sus primeros años de existencia (*Metafísica de los tubos*), como niña y tierna jovencita (*Biografía del hambre*) o como recién entrada en el mundo laboral (*Estupor y temblores*), aquí la autora se retrata ya adulta, sumergida completamente en el oficio de la literatura. Hallarla ahora en plena madurez, yendo casi a diario a recoger el correo que le llega a su editorial parisina, es claramente un sustancioso paso adelante en esta “autobiografía ficticia” (la definición es suya) que constituye buena parte de su obra. —

ENSAYO

Nietzsche contra Freud



Michel Onfray
FREUD, EL CREPUSCULO DE UN ÍDOLO
Traducción de Horacio Pons, Madrid, Taurus, 2011, 504 pp.

ENRIQUE LYNCH

La diatriba o la invectiva, como se prefiera llamar al escrito que se dirige como ataque indiscriminado contra una persona, contra un ideario o una doctrina o contra una institución, es un género difícil y sobre todo resbaladizo porque, por bien intencionados que sean sus propósitos, corre el peligro de desautorizarse por efecto de su propia beligerancia, que pone en guardia al lector —sobre todo si uno ya es un individuo mayor de edad y medianamente cultivado—. Guardo el recuerdo de algunas invectivas célebres: una biografía de Julio César escrita por Lamartine —que irritó mi conciencia de adolescente fascinado por el prócer romano—, el *Antidübring* de Friedrich Engels —que también fue una lectura adolescente— o el *Facundo* de Sarmiento que hoy, sin embargo, tan lejos como estoy de los caudillos argentinos decimonónicos, puedo apreciar por su extraordinaria factura literaria. Todas ellas estaban escritas con pasión y desenfado, en abierta hostilidad hacia los personajes que retrataban y con el ánimo manifiesto de hacer cuanto más daño fuera posible a su tradición y su memoria.

La invectiva tiene mandatos de estilo muy precisos. Se requiere que el autor se exprese con una prosa ágil y diáfana —cuando se trata de insultar y descalificar no ha lugar a los equívocos y las oscuridades sintácticas— para que el texto convenga

al lector sin exasperarlo o ponerlo en contra. Hay que saber citar a la víctima y atraparla cuando incurre en contradicciones o incongruencias si se trata de un escritor, o cuando se traiciona a sí mismo o a sus partidarios e incondicionales si se trata de un hombre o una mujer de acción; hay que detectar sus flaquezas morales y, si es posible, de forma intachable, cuidando de hacerlo con la ayuda de sus propias obras y la de sus apologetas y hagiógrafos. Y hay que mantener el tono reprobatorio a lo largo de muchas páginas para no caer en el denuesto o en lo panfletario.

Desde este punto de vista está claro que Michel Onfray ha escrito una diatriba perfecta contra Freud y el freudismo, y, por añadidura, espléndidamente traducida. Lo ha hecho bajo la advocación de Nietzsche, cuyo estilo pendenciero emula a lo largo de quinientas páginas sin que el registro tonitruante de sus denuncias y descalificaciones del psicoanálisis y de su padre fundador decaiga en un solo momento. Sus argumentos están ordenados con cuidado para desmontar la totalidad de una empresa teórica, psiquiátrica o asistencial —o como quiera llamársela— que ha ocupado a miles de individuos más o menos inteligentes durante más de un siglo en nuestras culturas modernas; ha generado una bibliografía inmensa y ha renovado la representación que los individuos de nuestra época tienen de sí mismos hasta el punto de cambiar el vocabulario.

Onfray es enormemente eficaz en la cita, la referencia y en el diseño cartesiano de sus denuncias —y no solamente: luce fotografiado como Descartes en la solapa del libro—, para lo cual se ha servido de una lectura implacable de los numerosos vestigios documentales y testimoniales dejados por Freud y sus colegas freudianos acerca del modo como pergeñaron sus conceptos más conocidos, la manera en que interpretaron sus casos clínicos, sus rencillas internas en el movimiento psicoanalítico y sus

relaciones personales e íntimas. Una característica notable de los psicoanalistas originarios es el celo con que guardaron las actas de sus congresos y sus correspondencias que, como es previsible, los revelan como seres plagados de defectos y miserias espirituales, personalidades que pueden llegar a incurrir en delirio. Onfray se queja una y otra vez de la forma en que esa documentación ha sido manipulada, expurgada y censurada por el freudismo, pero lo cierto es que, pese a ello, él ha podido servirse de ella para destruir sin paliativos a Freud y sus acólitos sin más dificultad que tomarse el trabajo de leerla.

Uno se pregunta qué prócer intelectual se salvaría de una investigación semejante si estuvieran al alcance de antibiógrafos como Onfray los papeles íntimos de, pongamos por caso, Frege u Oppenheimer o Nabokov o de algún Nobel contemporáneo. Todavía me estremece recordar el efecto que me produjo leer la escatológica correspondencia entre James Joyce y Nora Barnacle. Sin embargo, ¿cuánto debe el *Ulises* a la flatulencia erotizada de Joyce?

Freud aparece retratado como un médico pequenoburgués incestuoso, cargado de prejuicios homofóbicos y misogínicos, judío vergonzante y claudicante con el fascismo, amante de su cuñada, antifilósofo y no obstante guiado por una vocación filosófica frustrada. Un pseudocientífico fraudulento abrumado por los mismos síntomas que diagnosticaba en sus enfermos, dado a la numerología y al ocultismo, adicto a la cocaína y manipulador por igual de sus acólitos y sus pacientes. Y, por

añadidura, obsesionado por el dinero y el poder.

Onfray no perdona una sola falta, pero en los momentos en que la diatriba se ensaña con el personaje, el libro decae en interés. No obstante, no sería hacer justicia a su trabajo cuestionarlo o rechazarlo por su manifiesta animadversión y porque se vale de centenares de referencias íntimas descontextualizadas o porque trata como verdades de a puño lo que, en la obra de Freud, a menudo son conceptos en formación, conjeturas teóricas aplicadas a fenómenos que nunca antes habían sido abordados y meras fantasías que asaltan a quien incursiona por ese territorio desconocido que es la sexualidad humana. Onfray ataca con saña al personaje pero también la emprende contra todos y cada uno de los pivotes de la teoría psicoanalítica. Solo se salvan de su furor los *Tres ensayos sobre la teoría sexual*.

Es cierto que el psicoanálisis no se sostiene delante de su propia pretensión de científicidad y es bueno que alguien se tome el trabajo de advertirlo; pero la promiscuidad de Ferenczi, los devaneos místicos de Jung, la peligrosa proximidad de Adler con el nazismo o el sectarismo de Freud no pueden invalidar su influencia. Aunque Onfray logra su cometido al desacreditarlos, es su *mito* poderoso lo que permanece incólume tras la diatriba, lo mismo que el idealismo trascendental de Kant sobrevive a las tonterías que el filósofo de Königsberg escribió acerca de las mujeres en su ensayo sobre lo bello y lo sublime; y Schopenhauer sigue siendo grande pese a su antisemitismo.

Aunque el libro se prodiga en el típico chismorreaje de todas las antibiografías, Onfray no solo se detiene en ellas: también recorre con cuidado el conjunto de la obra de Freud, contrasta con eficacia la aspiración científica con los resultados obtenidos, desarbola su método terapéutico, denuncia su conservadurismo encubierto y desmantela la taumaturgia freudiana. En la conclusión —demostrando que Onfray no es tonto—, él mismo se plantea la pregunta que asalta al lector varios centenares de páginas incendiarias: cómo ha podido semejante patraña ganar la conciencia colectiva durante más de un siglo. Da cinco razones a modo de respuesta: la tematización de la sexualidad en la antropología, el diseño del movimiento psicoanalítico como empresa de dominación cultural, la conformación del psicoanálisis como un remedo de la iglesia cristiana —con su Cristo, sus apóstoles, sus concilios y sus herejías—, su oportunidad histórica en la crisis de la sociedad occidental y el aura libertaria que obtuvo el freudismo tras su asociación con el marxismo en los años sesenta —por cierto, debida a uno de los maestros de Onfray, Louis Althusser, conspicio psicópata.

Por desgracia, ninguna de estas razones está tratada en profundidad en el libro, que se dedica demasiado a la descalificación *ad hominem*. Si acaso Onfray apenas sugiere que esta es una tarea crítica pendiente y necesaria. Pero esto no alcanza para desmerecer en nada su brulote antifreudiano como un espléndido ejercicio de hermenéutica crítica. —

